

Paraíso reencontrado

El mundo es demasiado gris. O no lo es tanto gracias a Yoko Honda. Pero “la realidad” (siempre entrecomillada pues, ¿qué es real en una sociedad en la que todo es una construcción ficticia?), esa realidad que existe ahí fuera, la que vemos en los telediarios, la realidad de la vuelta de la esquina, a veces puede llegar a ser demasiado cruda, execrable, árida y paralizante. Una realidad depresiva. Yoko Honda, como todo artista realmente merecedor de denominarse como tal, se construyó un mundo propio que le sirvió para sobrevivir en el real y de paso nos lo regaló para que nosotros también pudiésemos acudir a él, a esa brillante arcadía de hedonismo y fulgor. Se trata pues de una artista que acude en nuestra ayuda. Una de las más gratas sorpresas que me he llevado inmerso en los abigarrados mosaicos de ecosistemas de Instagram fue toparme, mucho antes del revival Amblin de Stranger Things y de la llegada del San Junipero de Black Mirror a nuestras infoxifocadas vidas, con las refrescantes y palpitantes creaciones de Yoko Honda, Yokopium en IG. Fue como reencontrarme al fin con un paraíso que yo creía que ya estaba perdido, pero que sin embargo estaba solamente guardado a buen recaudo. Por ella. Fue como ver que mis sueños no solo los he tenido yo, que alguien más los soñaba a la vez. Menos mal que esa soñadora tuvo la visión y la determinación para plasmarlos sobre el papel.

Conocer la obra de Yoko Honda es como estar menos solo. Para los más pequeños de la Generación X, los millennials mayores, esa feliz jungla de cielo azul teenager, el cielo sobre el que estaban Brandon y Brenda en Beverly Hills 90210, el Memphis milano de Miami Beach, la geometría de los créditos de Saved by the bell, el zigzag californiano de gorra de Príncipe de Bel Air, neones nocturnos de cuando nadie ligaba aún en Tinder, de cuando la gente se conocía

en una barra, tomando una copa, mientras sonaba el Maneater de Daryl Hall y John Oates... todo ello nos hace sentir una melancólica y luminosa nostalgia por una infancia y una adolescencia que no hemos vivido, de una infancia soñada también por Yoko, ella en Japón, siendo aún esa niña de finales de los 80. Se ha hablado mucho, en relación de la efervescente contribución de Yoko Honda, precisamente de la nostalgia de los 80 y de los 90, pero nunca he estado de acuerdo con ese enfoque pues su rutilante obra, bajo mi punto de vista, no trata sobre la realidad de aquella época pre-net, sino más bien sobre la nostalgia de un mundo imaginado por el subconsciente colectivo que en realidad nunca existió en el plano real, tan solo en nuestro corazón. Como la Arabia de las mil y una noches, una Arabia que tampoco existió jamás pero que, sin embargo, nosotros imaginamos así, con alfombras voladoras, techos en pagoda... Como el lejano oeste americano que recrean en Disney World, ¿Qué más da cómo fue ese mundo en realidad si es más real la realidad soñada que la real? Cada vez que observo los dos cuadros de Yoko Honda que tengo en mi casa, vivo dentro de ellos, me transportan a esa arcadia, estoy ahí, en esas noches de verano, en descapotable rosa frente al mar, bajo el sol de L.A. me zambullo en esas piscinas de existencia lúdica, en esa ensoñación cúspide de una ingenua sociedad del bienestar que no sabía que había llegado a la cima, junto a Clinton tocando el saxofón. A partir de ahí ya todo fue en picado en una existencia cada vez más convulsa y confusa. Pero para eso tenemos a Yoko Honda, para gracias a ella aferrarnos a esa tabla salvavidas de juventud y futuro por delante.

Popy Blasco



